

Filosofía moral en el sendero hacia la guerra

Herfried Münkler

Herfried Münkler es catedrático de Ciencia Política de la Humboldt-Universität de Berlín. Es autor, entre otras obras, de *Die neuen Kriege* (2002). El presente ensayo se publicó en *Blätter für deutsche und internationale Politik* 11/2002.

Los redactores norteamericanos del manifiesto *What we're fighting for* han instado a quienes lo han criticado desde Alemania a que respondan sí o no a la cuestión de si la utilización de la fuerza bélica es moralmente justificable de principio. Pero tampoco ellos han respondido a esa cuestión precisamente ①. Sin duda esta pregunta es sencilla de responder y, desde luego, en la forma general y escasamente matizada en la que está planteada, sólo es posible responder que sí. Pero la respuesta afirmativa a una pregunta tan genérica no aporta nada en relación a las cuestiones mucho más concretas de si, por ejemplo, está justificada una intervención militar en Kosovo, o un ataque contra el régimen talibán en Afganistán o un asalto militar contra el régimen de Sadam Hussein en Irak. Pues ciertamente es posible dar una respuesta afirmativa de principio a la cuestión planteada y estar, sin embargo, en contra (con argumentos) del uso de la fuerza militar en los tres casos (o en uno de ellos). Es evidente que el tono imperativo y de ultimátum empleado por los intelectuales americanos al plantear esta cuestión a quienes les criticaban traduce una actitud de apoyo militante a la forma de actuar de George W. Bush en política exterior. *En primer lugar*: en la esfera de lo político no existe más que el bien y el mal y son los EE UU fundamentalmente quienes encarnan el bien. *En segundo lugar*: confrontados con la alternativa de estar del lado del bien o del lado del mal, no es posible la neutralidad; o se está con el bien, es decir, con EE UU, o con el mal, es decir, contra EE UU. En resumidas cuentas, eso significa que es George W. Bush quien decide lo que es el bien y lo que es el mal y contra qué hay que luchar. El tono de las intervenciones del secretario de defensa Rumsfeld y del embajador de EE UU Coats, así como las declaraciones de la consejera de Seguridad Rice y del consejero de Gobierno Perle sobre las relaciones germano-norteamericanas muestran que la política alemana en la cuestión iraquí ha sido interpretada como una política desleal desde el punto de vista de la moral política. Perle manifestó tras las elecciones al Bundestag que el canciller Schröder debería dar marcha atrás a fin de reparar las relaciones germano-norteamericanas ②.

La respuesta dada por los intelectuales norteamericanos a sus críticos alemanes es una forma de acompañamiento intelectual de esa política: si se ha admitido de entrada que la utilización de la fuerza está moralmente justificada, habría que estar entonces a favor de los ataques militares contra el régimen talibán de Afganistán en cuanto que anfitrión y protector de la organización Al Qaeda. ¿Habría que estar también a favor de la intervención militar contra el régimen de Sadam Hussein en Irak? ③. Una respuesta afirmativa a la cuestión de si el uso de la fuerza puede justificarse moralmente se convierte entonces de forma subrepticia en una justificación general de una política exterior americana dispuesta a recurrir al instrumento de la guerra de forma discrecional. Michael Walzer, uno de los inspiradores del manifiesto *What we're fighting for* ④ ha echado el freno recientemente e insistido en que la lucha contra el terror no es lo mismo que la guerra contra Sadam Hussein. Pero eso viene a ser una matización política y justamente eso es lo que se echa de menos en la cuestión de si el uso de la fuerza está moralmente justificado. En términos generales, las reflexiones políticas contenidas en los debates más recientes sobre la guerra y la intervención militar se han quedado noto-

① «Ist die Anwendung von Gewalt jemals moralisch gerechtfertigt? Amerikaner antworten deutschen Kollegen», *Blätter*, 9/2002, págs. 1149-1152, este pasaje en pág. 1151.

② *Der Tagesspiegel*, 2 y 3 de octubre de 2002, pág. 6.

③ El autor de estas líneas, al contrario que los firmantes de la respuesta alemana, ha considerado los ataques terroristas del 11 de septiembre como un acto de guerra y políticamente apropiado el uso de la fuerza militar contra los instigadores, autores y defensores de ese acto de terror: véase Herfried Münkler: «Sind wir im Krieg? Über Terrorismus, Partisanen und die neuen Formen des Krieges», *Politische Vierteljahresschrift*, 4/2001, págs. 581-589, así como del mismo autor: «The Brutal Logic of Terror: The Privatization of War in Modernity», *Constellations*, marzo de 2002, págs. 62-73. Por el contrario, en la cuestión iraquí considera que los riesgos político-militares de un ataque militar serían incontrolables, y en consecuencia lo rechaza; véase Herfried Münkler: «Der Krieg ist eine Guillotine. Über Risiken und Folgen eines US-Militärschlags gegen den Irak», *Der Tagesspiegel*, 30 de agosto de 2002, pág. 26.

④ Véase «What we're fighting for – Wofür wir kämpfen. Ein Manifest amerikanischer Intellektuellen vom 12. Februar 2002», *Blätter*, 6/2002, págs. 756-760.

riamente cortas, lo cual tal vez sea, entre otras cosas, consecuencia de la entrega de la política internacional a la filosofía moral que ha venido desarrollándose en las dos últimas décadas. De lo que se trata en estos momentos es de reforzar nuevamente la racionalidad política, pues ésta es mucho más relevante que la simple respuesta a cuestiones como la de si el uso de la fuerza está moralmente justificada o no.

Desde luego, los críticos alemanes del manifiesto americano, que han expresado sus objeciones bajo el título de *Eine Welt der Gerechtigkeit und des Friedens sieht anders aus* ⑤ no tienen razón para quejarse de que les hayan maniatado ilícitamente con toda la cadena de mordazas de la filosofía moral. Y es que ellos mismos han recurrido a argumentos predominantemente morales y no políticos. Plantearon una serie de elevadas exigencias morales al decir que, contra lo que revelaban sus manifestaciones oficiales, los Estados Unidos no perseguían objetivos fundamentalmente humanitarios sino geoestratégicos en Oriente Medio y en el Asia Central: «Apoderándose de las reservas de petróleo de esta región, esenciales para la economía mundial, y de las rutas de transporte del crudo, los EE UU consiguen elevar de hecho considerablemente sus opciones geoestratégicas a fin de reforzar para las próximas décadas su posición hegemónica no sólo frente a la decadente superpotencia rusa y la emergente potencia regional que es China, sino también frente a Europa y Japón» ⑥. Eso suena a argumento político, pero no lo es, porque la alusión a los *intereses* americanos en la región sólo sirve para poner en tela de juicio las *aspiraciones morales* de los EE UU que les autorizarían a intervenir militarmente contra las bases de la organización de Al Qaeda: «No existen valores universalmente válidos que autoricen a justificar un asesinato de masas con otro asesinato de masas» ⑦. Los firmantes alemanes del escrito de respuesta han incluido en el concepto de asesinato de masas al mismo nivel las operaciones militares y los ataques terroristas, y con ello han puesto en cuestión, de entrada, el derecho a la autodefensa. En lugar de recurrir a ésta, proponen confiar la persecución y la lucha contra el terrorismo a una policía mundial todavía inexistente y de la que no se sabe claramente a quién habría de reclutar ni quién habría de dirigirla. Tal propuesta resultaría, en el mejor de los casos, ingenua incluso para un ciudadano norteamericano crítico con la política exterior de su presidente, pero en términos generales podría decirse que es una propuesta arrogante, presuntuosa y pedante.

Es posible que los virajes recientes de la política norteamericana en Irak hayan contribuido a reforzar en los críticos alemanes del manifiesto sobre la justificación de la guerra la convicción de que desde el principio habían sabido a dónde iba a conducirnos la guerra contra el terrorismo —y que por ello, su oposición a la guerra de Irak había comenzado ya incluso cuando aún no se hablaba de ésta. Si eso fuera así, estarían equivocados. En tanto en cuanto en su argumentación no establecen diferencias entre la intervención militar en los llamados *failed states* —como, por ejemplo, la destrucción de centros de entrenamiento y acogida de las redes terroristas en *failed states*— y una intervención militar contra un Estado de funcionamiento normal con el objetivo de propiciar un cambio de régimen, en ese sentido se estarían privando a sí mismos de la posibilidad de distinguir entre acciones de guerra lícitas e ilícitas. En lugar de ello, incluyen en el mismo concepto de «asesinato de masas» toda clase de operaciones militares ⑧ montándose de ese modo sobre una cabalgadura moral excesivamente elevada de la que pronto han caído. Esta caída se produjo ya en el instante en que reconocieron o se vieron obligados a reconocer que: «Los Estados Unidos han contribuido de forma sobresaliente a liberar a Europa del yugo del nacionalsocialismo» ⑨. Curiosamente tal formulación queda privada de sentido cuando se enuncia inmediatamente después de esa aseveración pronunciada desde una total convicción interior de que no es posible justificar un asesinato de masas con otro asesinato de masas. Los firmantes han renunciado a contabilizar los aproximadamente 600.000 civiles

⑤ «Eine Welt der Gerechtigkeit und des Friedens sieht anders aus», *Blätter*, 6/2002, págs. 763-768.

⑥ Véase el mismo texto, págs. 764 ss.; en los EE UU Noam Chomsky viene realizando desde hace ya tiempo una crítica similar centrada sobre todo en el doble rasero empleado por la política exterior norteamericana.

⑦ *Ibidem*, págs. 763 ss.

⑧ Justamente ese es el sentido del escrito de respuesta de los intelectuales norteamericanos: «En el terreno conceptual llegan tan lejos como para mostrar a las víctimas civiles de la guerra de Afganistán como ejemplo de un «asesinato de masas» americano, con lo que, hablando en términos morales, los equiparan con los asesinatos del 11 de septiembre en Nueva York, Washington D. C. y Pennsylvania. [...] Si se equipara la muerte no intencionada de población civil en el campo de batalla de una guerra que se desarrolla por una causa justa, y en el que el objetivo de quien lucha es minimizar las pérdidas de población civil con el asesinato intencionado de civiles en los edificios de oficinas de una gran ciudad en el que nos hallamos ante una causa injusta, y cuyo objetivo consiste en maximizar las pérdidas de población civil, en ese caso es que estamos ante un acto de ceguera moral.» Op. cit. (nota 1) pág. 1252.

⑨ «Eine Welt der Gerechtigkeit» (véase nota 5), pág. 764.

⑩ En Michael Walzer se encuentra, en cambio, una aseveración contraria: «La inmensa mayoría de los civiles alemanes que pereció bajo los terribles bombardeos no murió por ninguna razón moral (y probablemente tampoco militar).» Michael Walzer: *Gibt es den gerechten Krieg?*, Stuttgart, 1986, pág. 372.

⑪ Bajo la impresión de la llamada Segunda Guerra del Golfo, la intervención llevada a cabo para liberar Kuwait, escribió Dan Diner una inteligente obra sobre la forma en que la memoria colectiva de las grandes formaciones políticas modifica y dirige su orientación y su manera de actuar; obra en la que también se analiza la memoria alemana o la desmemoria, el olvido de las víctimas de los bombardeos; véase Dan Diner: *Der Krieg der Erinnerungen und die Ordnung der Welt*, Berlín, 1991.

⑫ Cuando en 1997, el escritor W. G. Sebald habló en Zurich de guerra aérea y literatura en su disertación sobre poesía, fue para muchas personas como descubrir una laguna en la memoria; véase W. G. Sebald: *Lufkrieg und Literatur*, Munich / Viena, 1999.

⑬ Sin embargo, con frecuencia se pasa a este respecto por alto el hecho de que la aviación alemana no fue capaz en ningún momento, por las características de su armamento, de llevar a cabo bombardeos estratégicos comparables a los que efectuaron los aliados desde 1943.

⑭ Véase Klaus Naumann: *Der Krieg als Text. Das Jahr 1945 im kulturellen Gedächtnis der Presse*, Hamburgo, 1998, págs. 33 ss.

⑮ Véase Thomas Risse-Kappen: «Wie weiter mit dem "demokratischen Frieden"?, Zeitschrift für Internationale Beziehungen, 1/1994, págs. 367-379.

⑯ La cuestión de si Gran Bretaña, Francia y Alemania pueden ser definidas formalmente o no como democracias no es tan relevante como la circunstancia de que ninguno de estos países podría haber sostenido la guerra más de cuatro años sin la aprobación de una parte mayoritaria de la población.

⑰ La rápida derrota del ejército francés en el verano de 1940 es considerada en la historiografía militar como la derrota más devastadora que jamás haya sufrido una formación militar.

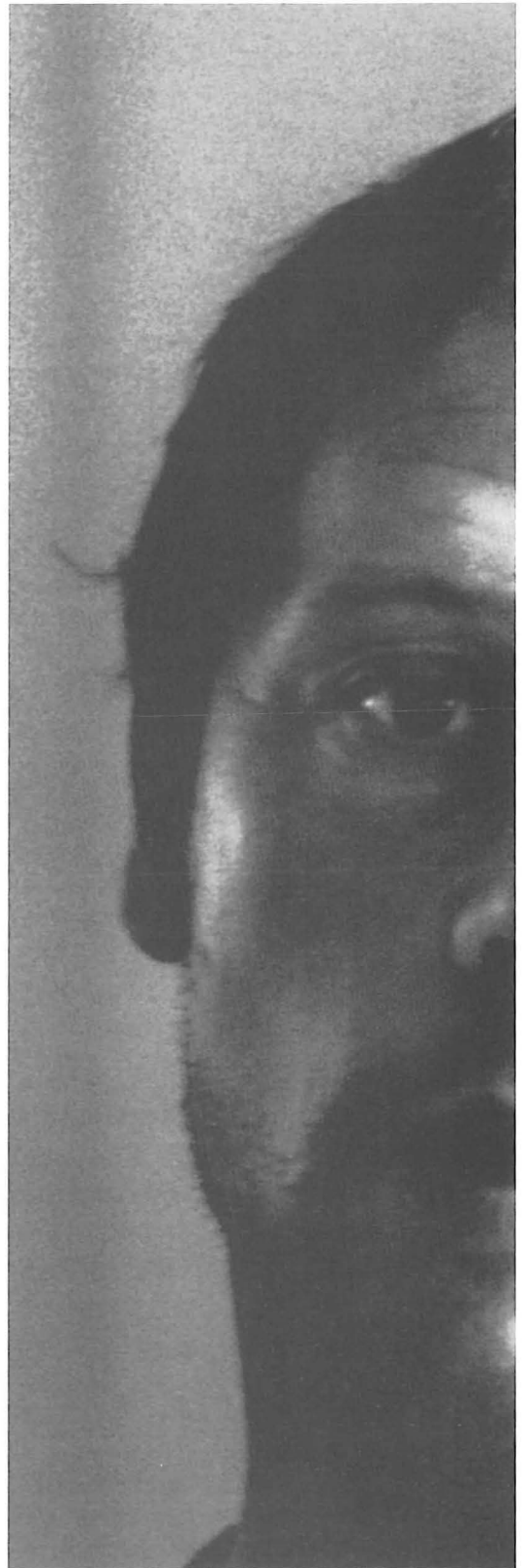
que cayeron en las grandes ciudades alemanas víctimas de los bombardeos británicos y norteamericanos frente a los millones de alemanes o de judíos asesinados en los campos de concentración bajo supervisión alemana; pero, consecuentemente, deberían haberlo hecho si estaban convencidos de la corrección de fondo y de la validez de su afirmación de que el asesinato de masas no justifica otros asesinatos de masas tal como había sido formulada por ellos mismos ⑩. Y tampoco han proporcionado ningún criterio que justifique por qué un intelectual liberal afgano no iba a poder destacar dentro de algunos años la «contribución sobresaliente» de los Estados Unidos a la «liberación de Afganistán del yugo del islamismo».

No es ninguna casualidad que, en todos los debates que se han venido desarrollando en Alemania durante las últimas décadas en torno a la legitimidad de las intervenciones militares y las posibles consecuencias del uso de la fuerza bélica, juegue subliminalmente un relevante papel el recuerdo de los bombardeos de los aliados occidentales a lo largo de los dos últimos años de la Segunda Guerra Mundial ⑪. El elevado grado de rechazo de una eventual participación alemana en las intervenciones militares que se percibe en la población de los nuevos territorios federales puede guardar también relación con el hecho de que aquí, sin duda debido a los intereses políticos del régimen del SED [Partido Socialista Unificado, que gobernaba en la antigua RDA], el recuerdo de los bombardeos de los aliados occidentales contra ciudades alemanas se ha mantenido vivo en mayor medida que en el Oeste. Pues si los bombardeos fueron dejados de lado, como cuestión a tratar, en la antigua República Federal, tanto por la política como por los intelectuales y escritores ⑫ o, en todo caso, mencionados como un castigo merecido por los anteriores ataques aéreos alemanes a Rotterdam, Coventry y Londres ⑬, sin embargo, en la República Democrática Alemana desempeñaron siempre un papel de primer orden en la memoria de la Segunda Guerra Mundial. Más tarde, con la unificación de los dos Estados alemanes, el recuerdo *público* de las víctimas civiles de los bombardeos —encarnado emblemáticamente en la destrucción de Dresde en febrero de 1945— se ha convertido en parte integrante de la cultura de la memoria política en toda Alemania ⑭. Así pues, no debe extrañar que ante las imágenes de bombarderos o de aviones de combate que dejan caer alfombras de bombas o que se dedican al bombardeo por zonas, pueda observarse casi siempre en Alemania una identificación con las víctimas del ataque. Consecuentemente, el concepto de «daños colaterales» provoca aquí mucha mayor conmoción que en ningún otro lugar. No hay ningún gobierno federal, independientemente de los partidos que lo conformen, que pueda pasar por alto este hecho.

Además, la actitud de las democracias liberales frente a la posibilidad de una guerra como instrumento para imponer la voluntad política va desde el escepticismo hasta el rechazo. Ello ha llevado a algunos analistas políticos a desarrollar una «teoría de la paz democrática» que, en esencia, afirma que los Estados de constitución democrática no llevan a cabo guerras *entre sí* ⑮. Pero esta teoría, siendo así que hace referencia a la democracia en tanto que característica atribuida, resulta demasiado esquemática para poder proporcionarnos afirmaciones y diagnósticos realmente sólidos. Ciertamente, las democracias muestran escasa tendencia a desencadenar guerras *simétricas*, es decir, guerras contra adversarios de su mismo nivel en las que podrían producirse elevadas pérdidas humanas y altos costes en el transcurso de la guerra y también después para superar sus consecuencias. La última guerra de este género fue la Primera Guerra Mundial, en la que unos adversarios similares se enfrentaron entre sí con la persistente aquiescencia de sus poblaciones respectivas ⑯. Por el contrario, la Segunda Guerra Mundial fue una guerra en la que las democracias occidentales no fueron capaces de resistir a la Alemania nacionalsocialista bajo condiciones bélicas simétricas ⑰, si se exceptúa el caso de una Gran Bretaña protegida por el Canal de la Mancha, y tampoco los británicos —ya

aliados con Estados Unidos– retomaron la guerra en el continente europeo hasta que tuvieron la seguridad de mantener bajo un estricto control las propias pérdidas, gracias a una gran superioridad aérea y de evitar una evolución de los acontecimientos bélicos similar a la de 1915-1916. Las democracias, especialmente aquellas que mejor encajan con lo observado en la llamada teoría de la paz democrática, no se sienten dispuestas a lanzarse a una guerra simétrica durante un periodo de tiempo más o menos largo, pero sí están en condiciones de llevar a cabo guerras *asimétricas*. Las guerras asimétricas son –entre otras– aquellas guerras en las que uno de los bandos está en condiciones de provocar en el adversario pérdidas elevadas en razón de su supremacía militar y organizativa y/o tecnológica sin sufrir pérdidas de cuantía comparable ⑩. La utilización de la ametralladora en las guerras coloniales de pacificación es un ejemplo de ello. Esta arma permitió aniquilar las tropas mucho más numerosas de los señores locales mediante el empleo de cuerpos expedicionarios relativamente reducidos y con unas pérdidas propias mínimas; el desarrollo de los tanques y su utilización estratégica para rodear al enemigo proporciona otro ejemplo, pero las asimetrías más radicales surgen cuando uno de los bandos consigue dominar técnica y militarmente nuevas dimensiones espaciales: eso es lo que ocurrió en concreto con el desarrollo de la aviación, con el uso de los cohetes balísticos y lo que ha culminado momentáneamente con el envío de satélites de reconocimiento y observación al espacio ⑪. Y justamente aquí es cuando la teoría de la guerra justa comienza a ponerse interesante en un sentido político.


La capacidad bélica y de intervención militar de las democracias occidentales descansa precisamente sobre todo en la superioridad de su aviación, y esa superioridad es la que permite asegurar que la voluntad política del adversario militar puede ser doblegada con unas mínimas pérdidas propias. Así, la intervención de la OTAN en Kosovo fue la primera guerra en la que uno de los



⑩ Información abundante acerca de las guerra asimétricas puede hallarse en Herfried Münkler: *Die neuen Kriege*, Hamburgo, 2002, págs. 13 ss.

⑪ Junto a las asimetrías nacidas de la evolución de las tecnologías militares, existen también otras asimetrías que son el resultado de una planificación estratégica y que podrían eventualmente compensar la superioridad tecnológica y militar; véase a este respecto Christopher Dasse: *Kleine Kriege – grosse Wirkung. Wie unkonventionelle Kriegführung die internationale Politik verändert*, Baden-Baden, 1999, págs. 60 ss., y también Münkler, *Die neuen Kriege*, págs. 131 ss.


⑫ Véase Godehard Palm: *Eine technologische Vorschau auf zukünftige Kriege*, en Godehard Palm y Florian Rötzer (eds.): *Medien – Terror – Krieg. Zum Kriegsparadigma des 21. Jahrhunderts*, Hannover, 2002, págs. 279-291, esp. pág. 290, nota 2.



dos bandos no tuvo que lamentar la muerte de ni uno solo de sus soldados en las acciones de guerra llevadas a cabo. Y la utilización de bombas *cluster*, guiadas por láser y lanzadas por bombarderos B 52, parece haber quebrado en apenas unos minutos la moral de lucha de los grupos de talibán concentrados en el Kunduz @, de modo que los temidos y prolongados enfrentamientos sobre el terreno ni siquiera llegaron a iniciarse. Como ocurría antes en todo caso con la marina de guerra, pero nunca en los combates de infantería, el desarrollo de la aviación ha hecho que la superioridad industrial y tecnológica de uno de los bandos se refleje de forma inmediata en el acaecer bélico. Eso es lo que distingue los imperios actuales de los de otros tiempos: ni los romanos ni los chinos ni los británicos poseían una superioridad tan apabullante frente a sus enemigos como Estados Unidos, y posiblemente jamás una gran potencia ha tenido la oportunidad de poner en jaque a un enemigo tan numeroso utilizando tan pocos soldados propios.

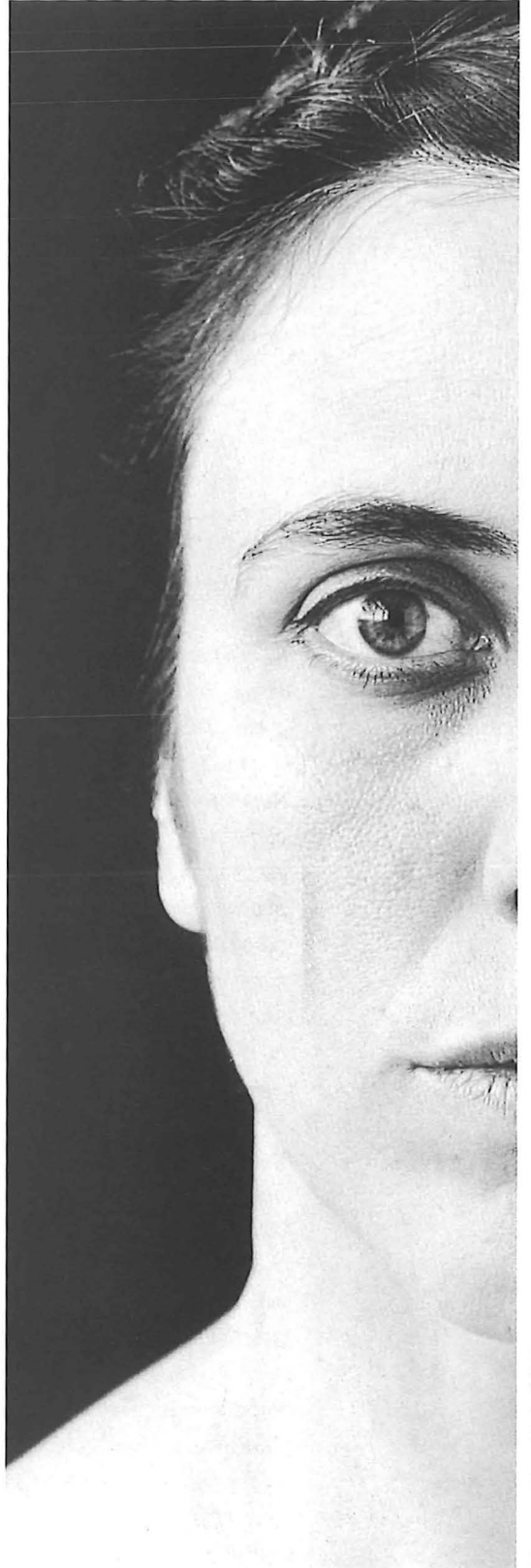
Pero esta evolución ha dejado obsoleto el concepto clásico de la guerra: en lugar del combate de dos iguales que, en principio, tienen la misma posibilidad de matar o ser muertos, han surgido formas de lucha en las que uno de los bandos no tiene a menudo ni siquiera la oportunidad de iniciar el combate porque sus armas no consiguen alcanzar a su adversario. Sencillamente son destruidas. El combate ha sido sustituido por estrategias de aniquilación cuasi industriales. Por lo general, en la opinión pública occidental se habla sólo de las consecuencias *no deseadas* de esas formas de lucha envolviéndolas en el eufemismo de los daños colaterales. Pero en realidad la provocación está implícita en esa misma forma de hacer la guerra que, por recurrir a un concepto de Ernst Jünger, se ha transformado en una especie de *proceso de desinfección* que tiene poco que ver con la idea clásica de la guerra. Frente a ello, las teorías sobre la guerra cumplen una doble función: en primer lugar, la de legitimación, en la medida en que justifican ciertas formas de emplear la fuerza, no sometidas a los condicionantes de una eventual reciprocidad, definiéndolas como *acción justa*, pero al propio tiempo se alude también a *limitaciones de la fuerza* por cuanto sirven para delimitar hasta dónde ha de ser utilizada esa asimetría fáctica de los medios bélicos y cuáles son sus límites. Las teorías que hablan de la guerra justa son siempre ambas cosas a la vez: una autorización a sí mismos para el empleo de la fuerza militar, pero también fijación de autolimitaciones en el uso de esa misma fuerza, especialmente en lo que concierne a la selección de objetivos. Y eso es también válido –y particularmente válido– en el caso del manifiesto *What we're fighting for*.

Las teorías sobre la guerra justa son reflexiones en torno a guerras asimétricas en las que la asimetría está limitada a la cuestión de la legitimación de la guerra, pero también puede ser expresión de una superioridad técnica y armamentística –en el primer caso, por ejemplo, se trataría de la situación de un imperio que asegura la civilización frente a la amenaza a ésta por pueblos bárbaros, cuyo triunfo provocaría una ruptura cultural, como se refleja en las reflexiones de san Agustín en torno a la guerra justa; el segundo caso lo hallaríamos en el ejemplo de los conquistadores españoles del nuevo mundo en el siglo XVI y en el de los pueblos autóctonos de Centroamérica y Suramérica colonizados y pacificados por ellos, y a los que hacen referencia las teorías sobre el derecho de gentes extensa y minuciosamente elaboradas por la neoescolástica española, desde Sepúlveda hasta Suárez. Pero en todos los casos sucede que las teorías sobre la guerra justa reparten lo injusto y lo justo de forma radicalmente desigual: una de las partes puede reclamar de principio toda la justicia para sí mientras que la otra acumula toda la injusticia. La guerra, pues, no es concebida como un enfrentamiento entre dos partes inicialmente iguales, sino como una imposición armada de la justicia sobre quien la amenaza. Toda una serie de observadores ha pretendido sacar de ello la conclusión de que de lo que hablan estas teorías no es en modo alguno de la guerra, sino de la mera ejecución de la justicia. Con ello vuelven a sobrepasar



la teoría de la guerra justa desde el punto de vista normativo en la medida en que eliminan la noción de guerra y convierten la justicia en una característica exclusiva del empleo de la fuerza.

Cuando Aurelio Agustín desarrolló por primera vez de forma sistemática la noción de guerra justa recurriendo a Cicerón, se encontraba, por decirlo de algún modo, en la situación de un político realista del partido de Los Verdes. Las comunidades cristianas a las que se dirigía se habían juramentado para mantener un pacifismo fundamentalista que durante largo tiempo se mantuvo alejado por principio de la política y aferrado sólo al retorno del Señor, con el cual todo volvería a ser bueno y la guerra desaparecería definitivamente. Pero el Señor se hacía esperar y la situación del Imperio romano se degradaba cada día más desde la irrupción de las tribus germánicas. Como consecuencia de ello se planteaba una necesidad acrecentada de actuar, especialmente porque en la propia Roma un grupo cada vez más poderoso de autores neopaganos responsabilizaba al cristianismo de ese deterioro y propagaba el regreso a los valores de la antigua Roma a fin de salvar de ese modo el Imperio. El cristianismo, convertido en religión de Estado por el emperador Teodosio, se vio amenazado por dos lados, por dentro y por fuera. San Agustín tenía claro que el pacifismo cristiano no podía ser mantenido si el Imperio romano había de subsistir. Desde su punto de vista, su pervivencia era deseable porque sólo bajo estas condiciones podría asegurarse una mayor difusión de la fe cristiana o, al menos, su supervivencia dentro de la ortodoxia. Pero san Agustín no podía ni quería justificar sin más la guerra, por cuanto tenía bien a la vista con qué clase de guerra habían afianzado su dominio los romanos. Fue justamente a raíz de los desfiles triunfales de Roma cuando acuñó su célebre frase, según la cual los imperios en los que ha desaparecido el sentido de la justicia no son otra cosa que grandes bandas de ladrones. En consecuencia, desarrolló su noción de la guerra justa que para él significaba sobre todo una guerra defensiva para



Humberto Rivas: María (1979)

21) *What we're fighting for* (como en la nota 4), pág. 756.

22) Véase Michael Howard: *Die Erfindung des Friedens. Über den Krieg und die Ordnung der Welt*, Luneburgo, 2001, pág. 91 ss.


23) *What we're fighting for* (como en la nota 4), pág. 760.

24) Ese es también el auténtico motivo del recurso a las constantes comparaciones hiperbólicas y paralelismos entre dictadores y políticos tiránicos y Hitler: no es una sensibilidad histórica exacerbada ni la observación de paralelismos reales lo que late en el fondo de estas comparaciones, sino únicamente la actitud de fondo de las sociedades postheroicas de rechazo de la fuerza que se ven impelidas casi moralmente a intervenciones militares, tanto por la supervaloración de supuestas amenazas como por la contemplación admirativa de imágenes de paz. No cabe duda de que esto puede conducir a errores como ocurrió en el caso de la que fuera ministra federal de Justicia, Herta Däubler-Gmelin.

25) Acerca del desarrollo de la teoría agustiniana de la guerra justa por Tomás de Aquino, véase Wilhelm Grewe: *Epoehne der Völkerrechtsgeschichte*, Baden-Baden, 1984, págs. 133 ss.

26) Véase Jörg Fisch: *Die europäische Expansion und das Völkerrecht*, Stuttgart, 1984, págs. 221 ss.


27) *What we're fighting for* (véase nota 4), pág. 759.



proteger el mejor statu quo, aunque no fuera bueno, frente a la amenaza de los conquistadores bárbaros. En cuanto que primer teórico de la guerra justa, san Agustín justificó la guerra desde la perspectiva de la «defensa de una civilización amenazada». Cuando los autores del manifiesto americano hablan de la universalidad de los valores americanos que deberían ser defendidos contra cualquier amenaza por constituir una «herencia común de la humanidad» ②, no hacen sino seguir la lógica de san Agustín.

Las sociedades occidentales de comienzos del siglo XXI no son sin duda sociedades pacifistas de principio como las comunidades cristianas del siglo V, pero son *sociedades postheroicas*, en las que la fuerza bélica y los valores a ella vinculados no desempeñan ningún papel relevante ②. Las sociedades postheroicas se interesan por el intercambio y no por la fuerza o el sacrificio, y en el caso de que éste último fuera inevitable, sólo sería aceptable bajo la invocación de causas morales elevadas o supremas. «Luchamos para defendernos a nosotros mismos, pero pensamos que nuestra lucha representa la defensa de aquellos principios universales de los derechos humanos y de la dignidad humana que representan la más grande esperanza de la humanidad», se dice en el manifiesto bélico de los intelectuales norteamericanos ③. En el caso de la participación alemana en la intervención de la OTAN en Kosovo, los ministros federales hablaron de evitar un genocidio y la vieja fórmula «¡Nunca más la guerra!» se convirtió en la nueva fórmula «¡Nunca más Auschwitz!». Las sociedades postheroicas necesitan, en el caso de recurrir al medio bélico, de una plusvalía moral elevada y, además, sólo lo aceptarían si se tratara de impedir la aparición de un nuevo Hitler y de sus crímenes ②, o de anticipar sin perder tiempo un nuevo orden de paz mundial o bien, concretamente, de aplicar la teoría de la guerra justa. La teoría de la guerra justa es, contemplada desde el punto de vista sociológico, la teoría de una estrategia postheroica de la guerra.

Los últimos grandes teóricos de la guerra justa europeos, los neoescolásticos españoles del siglo XVI que se remitían a la teoría del *bellum justum* de Tomás de Aquino ④, se hallaban en una situación diferente a la de san Agustín: la gran potencia española que se reclamaba defensora de la civilización y la cultura no estaba a la defensiva, ni tampoco en su caso se trataba de defender una paz que subsistía desde hacía varios siglos. Lo que sucedía más bien era que la civilización imperial había pasado a la ofensiva y justificaba su nada infrecuente y brutal política de fuerza arguyendo que servía para poner fin a los bárbaros sacrificios humanos en el nuevo mundo ④. Los teóricos del derecho de gentes trataban de aclarar, mediante la expresión clave de la guerra justa, la cuestión de si las guerras contra los pueblos del mundo recién descubierto –y en qué medida– eran legítimas, sobre todo siendo así que servían para elevar a estos pueblos a un mayor grado de civilización mediante su conversión al cristianismo. No se trataba tanto de la defensa de una civilización contra la amenaza de los bárbaros, sino más bien de su expansión bajo la perspectiva de una definitiva aniquilación de la barbarie. En ese sentido Victoria, de Soto, Ayala, Suárez y otros intentaban poner límites a la política fáctica de fuerza de los conquistadores mediante la distinción entre el empleo justo e injusto de la fuerza. Las teorías de la guerra justa desarrollada por ellos servían en lo esencial para proteger un asunto, que consideraban en principio justo, de cualquier eventual mácula derivada del uso de métodos injustos. En este sentido, la noción de la guerra justa no constituía tanto una especie de autorización bajo la forma de rearme moral que, por otra parte, tampoco necesitaban los conquistadores, sino antes bien una forma de autolimitación y de control del uso de la fuerza. En el manifiesto bélico de los intelectuales norteamericanos es posible hallar numerosos pasajes que recuerdan esa intención de los neoescolásticos españoles; por ejemplo, cuando se dice: «Una guerra justa sólo puede ser llevada a cabo contra combatientes. [...] Por eso es moralmente inadmisibles matar civiles o seres humanos que simpatizan con ellos por venganza o para atemorizar» ⑤. Desde el punto de vista fáctico, eso



significa contener toda una serie de operaciones de la estrategia bélica americana. Significativamente ese aspecto ha escapado por completo a los críticos alemanes, pero por otra parte, tampoco está claro si los redactores del manifiesto eran conscientes de las consecuencias que se derivan de esa toma de posición. Si se interpreta de forma consecuente, esa directiva implicaría precisamente el fin de la capacidad de intervención militar de las democracias occidentales: puesto que por los motivos arriba aducidos su capacidad de actuación militar se basa esencialmente en el empleo de la aviación y de unidades aéreas con apoyo naval; puesto que pese a toda la precisión de esos sistemas armamentísticos no es posible establecer una distinción ni siquiera un poco fiable entre combatientes y no combatientes, justamente en los casos en los que se combate contra guerrilleros y terroristas, y dado que las bandas paramilitares reclutadas como fuerzas de apoyo terrestre, desde la UCK de Kosovo hasta los señores de la guerra de la Alianza del Norte en Afganistán, muestran un notorio desinterés por esta distinción; no se cumple esa supuesta ventaja de la teoría de la guerra justa. Si se quisiera asegurar eso habría que buscar una lucha de hombre contra hombre, pero eso significaría conceder una ventaja estratégica al enemigo, en este caso, a la organización Al Qaeda y someterse a su heroísmo de fundamento religioso. Es fácil deducir que eso conduce a una serie de paradojas morales. Por volver de nuevo al reconocimiento por parte de los críticos alemanes del manifiesto bélico de la contribución norteamericana a la liberación de Europa del yugo nacionalsocialista: cualquier hombre de las SS dispuesto a resistir en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial habría preferido sin duda enfrentarse a unos soldados americanos provistos del mismo armamento que perder la moral bajo nubes de bombas y verse finalmente forzado a abandonar.

Tanto la teoría de la guerra justa como el escrito de respuesta de los críticos alemanes no son sino un intento de escapar a las paradojas morales de una política en la que la fuerza sigue siendo, como antes, un medio eficaz para imponer la voluntad (política). Eso salta a la vista de manera clara en el caso de la respuesta de los críticos alemanes que ni siquiera se plantean cómo hacer frente a los desafíos políticos de las nuevas formas de violencia terrorista, pues piensan que criticando la respuesta americana a ese problema desaparece también el propio problema. Max Weber definió esa actitud como una visión infantil del mundo, y en estos momentos no parece que se pueda añadir nada a esa descripción. En lo que concierne a los redactores del manifiesto norteamericano habría que decir que deberían haber examinado con más rigor las huellas de sus predecesores entre los teóricos de la guerra justa: san Agustín fracasó porque su rearme moral y teológico de los cristianos pacifistas no consiguió salvar a Roma. Cuando san Agustín murió, los vándalos se disponían a conquistar su obispado de Hipona, en el norte de África. Pero también los neoescolásticos españoles fracasaron porque sus argumentos no consiguieron impresionar a quienes emprendieron el uso de la fuerza en el nuevo mundo; los conquistadores desarrollaron sus expediciones militares como les vino bien y de la forma que consideraron más efectiva. En estos momentos resulta difícil apreciar si Walzer, Huntington, Etzioni y otros se acercan más a san Agustín o a los españoles. En cualquier caso, parece seguro que su destino será semejante a uno de ambos. Pues la alternativa no debe ser buscada por los senderos de la filosofía moral, sino en los de la racionalidad política que necesita urgentemente una rehabilitación. Tal racionalidad no estaría a la espera de una «mundo justo» ni recurriría tampoco a teorías de la guerra justa, sino que, dejando a un lado la ilusión, comenzaría haciendo un inventario de las constelaciones que usan de la fuerza a escala mundial. En el centro se alzarían unas cuantas asimetrías: las asimetrías de los fuertes, las asimetrías de los débiles, las bombas dirigidas por láser y los terroristas suicidas. Y a ninguna de ellas es posible aproximarse con los medios de la filosofía moral.

What we're fighting for

